

UNA ESPIRITUALIDAD DEL FUTURO (Apocalipsis)

Fidel Aizpurúa

Todos sabemos que Apocalipsis es un texto para la resistencia. Cuando leemos el NT hemos de pensar en escritos engendrados por comunidades numéricamente pequeñas perdidas en el ancho mar del paganismo.

Pues bien, el autor de Apocalipsis cree, como dice E. Sábató, que en la resistencia habita la esperanza. Y por ello, en modo y forma muy peculiares, propone una espiritualidad de resistencia y, con ella, una manera nueva de enfocar el futuro. El texto que vamos a proponer como marco de EB, Ap 21-22,5, lo deja ver.

a) Contexto

El autor propone la utopía de una tierra nueva (tierra sin mar, sin aguas que causen temor), una tierra reorientada, en conexión siempre con la existencia terrenal. No se trata de una maravilla soñada que nada tenga que ver con la realidad actual sino que, por el contrario, es esta misma realidad trasformada por la bondad, la fraternidad y la dicha.

b) Lectura

1) Un futuro sin muerte: Ap 21,4

Así lo sueña Ap 21,4: “Ya no habrá más muerte ni luto ni llanto, pues lo de antes ha pasado”. ¿Es posible un futuro sin muerte? Es un sueño, pero Ap sueña con él. La pervivencia de la muerte en el camino histórico en modos tan diversos, abundantes y crueles da sobradas razones a quienes creen que, efectivamente, la persona, la creación, no podrá jamás ser liberada de la constricción de la muerte.

Los logros contra la muerte, que también existen, habrían de mantener al creyente en el Evangelio en una terca certeza de que este azote radical de la existencia puede ser vencido. Quizá, para ello sea preciso trabajar el tema del “luto”, conseguir no sumirse en duelos estériles sino aprestarse al trabajo ímprobo de luchar contra toda clase de muertes (es preciso ampliar el concepto más allá de lo físico). O, como algo más a la mano, lograr reducir el nivel de “llanto”, de desolación que afecta a las personas, sobre todo a los débiles, y que es lo que más odia Dios en la historia (Qoh 4,1). Es decir, el sueño se convierte en imperativo vital, en reto, para quien acepte la profecía.

2) Un futuro de novedad: Ap 21,5

Porque la aspiración a lo nuevo está sembrada en el corazón de la persona. Ap 21,5 se hace eco de ello: “Todo lo hago nuevo”. La renovación del universo era un concepto familiar a la literatura apocalíptica. Desde Isaías (65,17) al mismo san Pablo (2 Cor 5,16-17) se suspira por un orden nuevo que sustituya al antiguo desfigurado por la inhumanidad. Pero hay aquí dos notas de interés: a) Es Dios mismo quien interviene en esta obra de novedad; no es solamente la persona y su esfuerzo, sino que Dios se empeña en esta obra. Por eso mismo hay que medir el valor de lo creado, de la historia recreada. No se puede pensar esta vida en términos de negatividad, de olvido, de menosprecio. Si Dios se ha empeñado en esta obra es que el éxito de lo creado se confunde, de alguna manera, con el éxito de Dios. b) La novedad que Dios crea con la persona tiene que ver con la pobreza de esta historia. No se dice que para hacer lo nuevo haya que arrasar con lo viejo, sino que lo nuevo parte del presente de lo viejo para lograr hacer, con increíbles esfuerzos, que surja la novedad. Esto es lo que lleva a volverse con benignidad y con arrojo a esta pobre realidad nuestra para intentar sacar de ella la novedad que, de algún modo, anida en su fondo.

3) *Un futuro sin templo: Ap 21,22*

Hay en este cap.21 algo sorprendente: cuando el autor, en un alarde de imaginación y en un afán por animar a una vida resistente, describe cómo será la ciudad nueva y soñada, y tras describirla con un colorido desbordante que quiere hacer creíble el sueño de lo nuevo, dice que en tal ciudad “templo no vi ninguno, su templo es el Señor Dios, soberano de todo, y el Cordero” (Ap 21,22). Resulta increíble para la mentalidad de entonces (y en parte para la de ahora, para todo hecho religioso) pensar en una ciudad sin templo, sin referencias religiosas. Pero la ciudad nueva de Ap lo ve así. La fe nueva tendrá como única referencia al Señor Dios y “al Cordero”, al Jesús entregado, a la mística de la entrega. Es decir, el verdadero dinamismo de la nueva tierra será el Dios volcado a la historia (ya que su “dominio” le viene no tanto de su omnipotencia cuanto de su amor) y el Jesús entregado a la vida. Con ello se está demostrando que el auténtico motor del futuro nuevo que aquí se invita a soñar está alimentado por el amor y por la entrega a la vida. Sin esos elementos, la ciudad nueva es imposible.

4) *Un futuro de democracia cósmica: Ap 22,3*

Puede parecer exagerado hablar de democracia cósmica. Todo lo más, quizá podamos hablar de respeto a las criaturas, de relación fraternal con ellas. Pero ¿pueden las criaturas participar en el “gobierno”, en el destino del mundo? Ap 22,3 dice que en la ciudad nueva “no habrá ya nada maldito”. Es decir, toda realidad creada entrará en el paradigma de la bondad, por lo que podrá participar en la orientación del mundo. Esto habría de llevar a vivir en la globalidad del ser, en esa expectación positiva que está dispuesta a dejar sitio a lo creado en el interior mismo de la persona, hasta saberse uno con todos. El designio de Dios ha quedado claro, según Col 1,20: reconciliar todo el universo. En esta democracia, basada en la fraternidad y la bondad, no cuentan tanto los votos de nadie cuanto la necesidad del débil.

Por eso, las criaturas más débiles serán más consideradas cuando el imperio de los poderosos (de los humanos) no sea quien dicte las normas de convivencia cósmica sino cuando lo haga la conciencia de pertenencia y hermandad que puede llevar a un futuro de corte totalmente distinto, humanizado.

c) Resonancias

Escuchemos algunas resonancias de componente social que pueden iluminar nuestros caminos de hoy:

- *Las cosas pueden cambiar:* Alimentar la fe en un futuro distinto requiere aferrarse a la convicción de que las cosas pueden cambiar. Esta convicción es absolutamente necesaria para asumir el dinamismo del seguimiento. Mientras anide en nosotros la certeza de que esto, la vida concreta, no hay quien la cambie, no se puede dar un paso de novedad en el tema del seguimiento y del anhelo de un futuro nuevo. Y, además, lógicamente no cambiaremos la vida si personalmente no cambiamos de vida. Esta certeza también ha de estar ahí: se puede ir cambiando, nada está tan hecho que no se pueda cambiar. Es preciso remover estos cimientos de la vida para dejar que el dinamismo del seguimiento con Jesús funcione.